

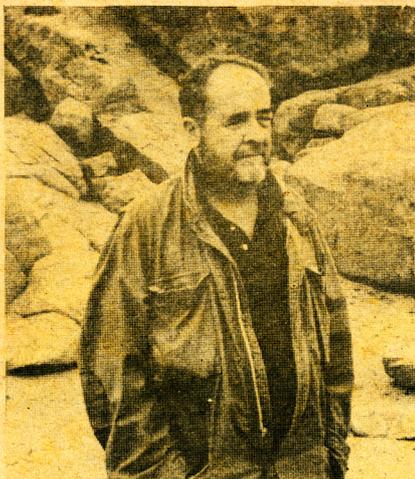
• Plano del proyecto escultórico monumental **La Máquina de Arcilla** que Emilio Rodríguez Larrain ha preparado para la III Bienal de Trujillo.

RODRIGUEZ LARRAIN

Una escultura monumental

REYNALDO LEDGARD

La visita a las Huacas del Sol y la Luna será punto obligado para los asistentes a la III Bienal. En sus inmediaciones se podrá apreciar una de las atracciones del evento trujillano: la monumental escultura que realizará en el sitio el artista y arquitecto Emilio Rodríguez Larrain. La Máquina de Arcilla, cuyas dimensiones son 51.90 x 13.90 metros, será construida con adobe y tapia. Se espera la contribución de diversas empresas y entidades nacionales que haga realidad este importante proyecto, el cual constituirá un homenaje a Trujillo y a los antiguos artesanos y constructores del valle de Moche, en el marco de la Bienal.



• Emilio Rodríguez Larrain, artista y arquitecto.



• El escultor despliega los planos del proyecto frente a la Huaca del Sol.

EN EL CONTEXTO de la 3^a Bienal de Trujillo, que se llevará a cabo en noviembre, una obra asegura concitar el interés: es la propuesta de Emilio Rodríguez Larrain de edificar una enorme escultura de adobe en las inmediaciones de las Huacas del Sol y de la Luna, en las afueras de la ciudad. Es evidente que esto tendrá que hacerse evitando afectar la zona arqueológica; pero es igualmente evidente la voluntad de vincularse, a través de los siglos, con el sentido de permanencia de estos monumentos arqueológicos. Es el intento radical de un artista por alcanzar una trascendencia, que en nuestro país se identifica solamente con el valor intemporal que se le asigna a aquello que quedó de un pasado que sabemos real, pero al cual no podemos remontarnos mediante una continuidad cultural, de un pasado "de antes de la historia".

Estamos ante el proyecto de un monumento, en el sentido profundo del término,

y resulta particularmente interesante el procedimiento formal mediante el cual Rodríguez Larrain aspira a alcanzar esta dimensión cultural. Originalmente la escultura tenía alrededor de 13 m. de altura y una composición a grandes rasgos piramidal. El adobe constituía, acumulativamente, un gran volumen. Esta monumentalización, más bien elemental, contundente, adquiría su forma por el modo en que un enorme peso se asentaba en la tierra. A pesar de las rampas y ciertos muros prolongados hacia el paisaje, era una propuesta que imponía su permanencia por la mera inmovilidad de su masa piramidal. Ahora, la propuesta ha evolucionado ha-

cia una forma más sutil, pero más persuasiva, de monumentalización. Ya no busca la altura y la masa, sino el ritmo y la continuidad; el ritmo de masas delineadas por la luz y la sombra, la continuidad de volúmenes geométricos que se repiten idénticos. Es la poética de la serie, la seducción del orden; la forma ha sustituido al peso, el concepto a la gravedad.

Hay también en esta propuesta reformulada, una mayor accesibilidad; se ha tomado en cuenta la escala del visitante, el punto de vista del observador. Los cubos masivos se separan unos de otros por plataformas que establecen un vínculo con el

visitante gracias a su poca altura y a los espacios sugeridos, no opresivos, que conforman.

No estamos ante un monumento a algo; el monumento simplemente es, en sí mismo. Afirma su existencia por la rigurosidad de sus principios generadores, por la pureza abstracta de sus formas geométricas. En esta autonomía, unida al dramático contrapunto entre edificación y paisaje, lo que permite suponer que estaremos ante una obra mayor del arte peruano actual. Rodríguez Larrain someterá su obra al veredicto del tiempo; sólo con el tiempo sabremos si se alcanzó la permanencia ambicionada.